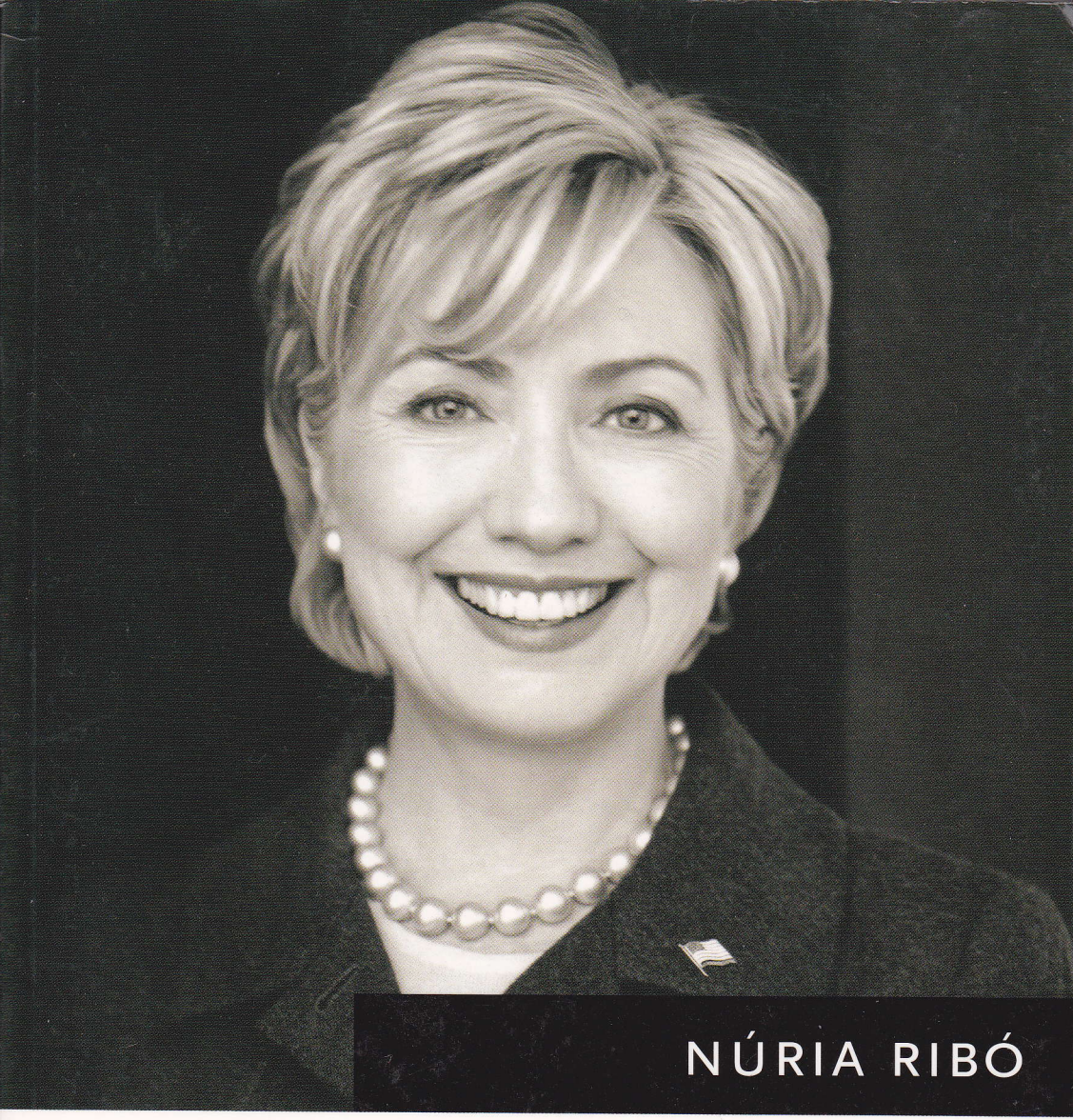

NÚRIA RIBÓ

HILLARY CLINTON

RETORNO A LA CASA BLANCA

BELACQVA EL OJO DE LA HISTORIA

Prólogo

La mujer emergente: sexo y política en Estados Unidos

Historia sexual de Estados Unidos

Los conflictos sexuales han marcado gran parte del entramado político y social norteamericanos. Así, el largo camino de Hillary Rodham Clinton hacia la Casa Blanca se ha visto salpicado, y hasta favorecido, por los escándalos eróticos de Bill Clinton, su marido. Pero en un país en el que se valora enormemente la capacidad personal de autocrítica y de arrepentimiento, de confesión y redención, es posible que, en parte, esos mismos escándalos sexuales del ex presidente allanen el camino para que Hillary Rodham Clinton pueda ser la primera mujer presidente de Estados Unidos.

«Si quieres saber más sobre la capital de Estados Unidos recomiendo que te fijes en su símbolo más prominente: el monumento a Washington. El obelisco freudiano que sobresale en una ciudad de casas bajas nos recuerda que el sexo da forma a la historia», escribe Maureen Dowd, la columnista del *The New York Times*, en el capítulo que le dedica a Hillary Rodham Clinton en su libro *¿Son necesarios los hombres? La colisión de los sexos*.

Quien recibe a los viajeros en la ciudad de Nueva York es una mujer bastante atractiva, la Estatua de la Libertad. Su antorcha no es menos freudiana que el obelisco de Washington. La estatua parece haberle robado el fuego, con todas las connotaciones imaginables de este símbolo, al hombre. A pesar de que las teorías de Freud están ya bastante desprestigiadas, su simplicidad nos sirve para entender Estados Unidos, un país marcado por el conflicto entre el puritanismo y la revolución sexual, entre la hipocresía y las perversiones eróticas más sofisticadas.

En Hillary Rodham Clinton convergen estas dos tendencias, la puritana y la libertaria. Por un lado, reza todos los días y va a la igle-

sia cada domingo. Por otro, es una gran defensora del posfeminismo, muestra su independencia y apoya las libertades individuales. En su vida privada uno sospecha que podría ser un poquito perversa.

Quién duda de que para aguantar a un hombre como su marido, el ex presidente Bill Clinton, un brillante político muy sensual y sexual, Hillary tiene que ser un tanto masoquista o compartir con él alguna que otra fantasía erótica y política de mujer dominante.

Una de estas fantasías (que probablemente se convierta en realidad) es la de llegar a ser la primera mujer presidente de Estados Unidos. Quizás entonces ella podrá pedirle a su marido que se encargue de la decoración de la Casa Blanca (para borrar el estilo ranchero patriótico que ha dejado la saga de los Bush), o que Bill Clinton escoja los arreglos florales y el menú de una cena de gala, sin que por eso pierda su indiscutible masculinidad. Mientras, su mujer gobernaría el país más poderoso del mundo.

Hasta ahora, escribe Maureen Dowd, Hillary «no ha estado arriesgando demasiado, ha estado jugando a ser la abejita trabajadora joven en lugar de la agresiva abeja reina». Y concluye Dowd: «¿Será la senadora que dijo "soy mujer, miren cómo crezco" genuinamente autosuficiente alguna vez sin su esposo? ¿O son necesarios los hombres?». La respuesta a la pregunta formulada por la periodista norteamericana sería que sí, que los hombres son tan necesarios como las mujeres, pero no en su posición dominante y de sometimiento de aquéllas.

Hillary, el síndrome de Bernarda Alba

Cada vez que nos acercamos al tema de la mujer y el poder, se cae en el error de compararla con el hombre: se espera de ella que perpetúe los esquemas de aquél y, frecuentemente, se les exige a ellas más que a los hombres. Así, la historia padece ese síndrome de Bernarda Alba (la protagonista ultracatólica con rasgos patriarcales de la obra de teatro *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca), un síndrome que consiste en que la mujer no sólo debe igualarse con el hombre en su estricta aplicación del poder sobre los demás, sino que también debe ser más rigurosa, severa e infalible que el mismo hombre cuando sobre ella recae la responsabilidad de gobernar. Pero ¿sería impensable una sociedad en la que la mujer generara sus propias dinámicas de po-

der?; unas formas del poder que no tuvieran que repetir al pie de la letra las ya establecidas por el hombre y que, sin duda, no tienen por qué ser mejores sino diferentes. Alain Touraine afirma en su obra *El mundo de las mujeres* (2007) que éstas «están creando una nueva cultura», una cultura cuya base principal es la *reconstrucción* de sí mismas y la *transformación* de la sociedad.

En verdad, como demostraron Robert Briffault (*Las madres*, 1927) y Erich Neumann (*La Gran Madre*, 1955), por discutibles que sean estos textos desde nuestra perspectiva feminista y posfeminista del siglo XXI, en muchas culturas al principio la mujer era la que cazaba, pescaba, luchaba, además de ser la artesana y la proveedora absoluta en el seno de la familia. Es decir, que habría sido el hombre quien primero imitó el poder de las mujeres en aquellos remotos inicios de la civilización.

Lo que también queda claro en estos estudios, y en tantos otros que les siguieron, es que la mujer ha tenido siempre una enorme capacidad y entereza para superar, renovar y transformar cualquier circunstancia social y existencial en las que se ha encontrado, por adversa que le haya sido.

Quizás ha llegado la hora de que en Estados Unidos (un país tan admirable como amenazante) una mujer tome el mando y de que haga cambios fundamentales desde la perspectiva femenina, sin tener que imitar a los hombres, o sea, sin tener que convertirse en una Bernarda Alba para alcanzar el poder.

El largo camino de la mujer hacia la Casa Blanca

Hillary Rodham Clinton es el último nombre de una extensa lista de mujeres que desde el siglo XIX intentaron llegar a ser candidatas a la presidencia de Estados Unidos. Desde entonces las mujeres norteamericanas no han cesado nunca en su esfuerzo por llegar a la Casa Blanca. No obstante, fuera de haber desempeñado un papel fundamental en la vida política como esposas de los sucesivos presidentes norteamericanos (las famosas «primeras damas»), jamás una mujer estuvo tan cerca de alcanzar la meta de la presidencia como ahora lo está Hillary Rodham Clinton. Pero en un país donde la mujer al casarse pierde por ley su apellido, no es de extrañar que este largo camino de las mujeres hacia la Casa Blanca se haya visto siempre frustrado.

La primera en intentar ser presidente de Estados Unidos fue Victoria Woodhull (1838-1927), una defensora del amor libre en pleno puritanismo victoriano, quien fue la candidata a la presidencia cuando la mujer no tenía ni derecho a votar. Woodhull se dio cuenta de que si bien la ley decía que las mujeres no tenían derecho al voto (a la manera de la antigua democracia griega), lo que no decía la ley es que una mujer no podía presentarse como candidata a la presidencia; con este vacío legal respaldándola, se presentó a las elecciones por el partido Equal Rights (Igualdad de Derechos) en 1872 y 1892, aunque sabía de antemano, claro está, que jamás ganaría las elecciones.

En el siglo XIX, Victoria Woodhull terminó su legendaria y agitada carrera de mujer de negocios, intelectual y activista política dejando Estados Unidos por Europa (murió en Inglaterra hecha una «santa»). El fracaso de casi todos sus proyectos políticos y económicos se debió, además de a su extravagante forma de vida, a los ataques incesantes por parte de otras mujeres más conservadoras y del monolito machista blanco que ha sido siempre el mundo falocéntrico de los negocios y de la política en Norteamérica.

Después de que en el mismo siglo XIX otra mujer, Belva Lockwood, probara suerte en la carrera presidencial, hay que esperar hasta 1960 para empezar de nuevo a oír nombres de mujeres como candidatas a la presidencia respaldadas por pequeños partidos independientes o por cuenta propia. Los dos grandes partidos norteamericanos, el Demócrata y el Republicano, jamás han nombrado a una mujer como candidata para competir con los hombres por la presidencia de Estados Unidos.

El esquema más común que se ha visto durante las cinco últimas décadas, en cuanto al proceso para nombrar a una candidata dentro de los dos partidos mayoritarios, es el de que o las mujeres que pretendían representar a sus partidos en la lucha por la Casa Blanca se retiraban antes de que en el mismo partido votaran para escoger a un candidato (lo que en Estados Unidos se conoce como las «primarias»), o, si en alguna rara ocasión, sus nombres han sido escogidos, siempre al final han perdido frente a los hombres, lo cual no es nada de extrañar en una sociedad que estaba construida por y para los hombres, por lo menos hasta que en la década de 1970 el movimiento feminista norteamericano empieza a cuestionar los pilares exclusivamente masculinos de esa estructura social

Sería ya en el año 1984 cuando una mujer, Geraldine Ferraro, pudo por primera vez aparecer como candidata a la vicepresidencia,

representando al Partido Demócrata, y acompañando a un hombre, Walter Mondale. Éstos perdieron frente a la figura paternal y de vaquero de Hollywood del actor Ronald Reagan.

Es inútil seguir repasando la larga lista de mujeres, algunas admirables, otras menos, de la política norteamericana que en el país del feminismo más combativo, que tanto ha influido en el mundo entero, han visto sus carreras políticas frustradas por el poder patriarcal disfrazado de liberalismo. Y, todo hay que decirlo, por las fuerzas regresivas de muchas otras mujeres que en Estados Unidos padecen el síndrome de Bernarda Alba, y que se oponen a que ellas lleguen al poder con los mismos derechos que los hombres.

¿Cómo se puede entender que en una de las más antiguas democracias del mundo moderno, la de Estados Unidos, el papel de la mujer en los más altos niveles de la política haya sido tan decorativo y minoritario durante tanto tiempo? Ésta y tantas otras paradojas constituyen el nervio secreto y la savia de una nación que, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre ella, sigue siendo una gran desconocida.

Amor y odio: Estados Unidos y el resto del mundo

Estados Unidos de América es uno de los países más admirado y más odiado de todo el planeta. La mujer norteamericana también fue, y en parte lo es todavía, una de las mujeres más deseada y, al mismo tiempo, la más temida por su capacidad para transformar, renovar y poner en duda los viejos valores europeos y de otras culturas. El movimiento sufragista norteamericano del siglo XIX, y después las teorías feministas del siglo siguiente, fueron una fuente de inspiración para muchos de los movimientos de liberación de la mujer en el mundo entero y, a su vez, estas mismas mujeres liberadas, desde la perspectiva posfeminista, tanto en Europa como en otros países, han criticado duramente el feminismo norteamericano. Sin embargo, también en todo el mundo se reconoce que la mujer no estaría donde está sin las grandes batallas libradas (y a veces ganadas parcialmente) por las feministas norteamericanas.

Esta misma dualidad paradójica de amor y odio respecto a Estados Unidos se puede aplicar a la visión que a través del siglo XX, y en la actualidad, se ha reflejado en los incontables libros publicados sobre la ciudad de Nueva York, tanto en Europa como en otros países.

Hillary Clinton es una mujer típicamente norteamericana, que adora la ciudad de Nueva York (de cuyo Estado es la senadora), y

que posiblemente llegue a ser la primera mujer presidente de Estados Unidos y, por lo tanto, despierta ya, y lo seguirá haciendo si llega a ser presidente, amores y odios no sólo dentro de su propio país, sino también en Europa y en el resto del mundo.

Habría que preguntarse si en el odio hacia Estados Unidos no se oculta casi siempre una admiración secreta y, también, si en la admiración incondicional hacia aquel país no hay un oblicuo complejo de inferioridad por parte de aquellos que se sienten deslumbrados por la cultura y la sociedad norteamericanas.

Han sido extraordinarios los aportes culturales, científicos, tecnológicos y económicos, por parte de Estados Unidos, a toda la historia de la civilización de los siglos XIX y XX. Sin esta contribución al progreso de la humanidad posiblemente ahora viviríamos en un mundo mucho menos tolerable, aunque quizá más saludable.

Para bien o para mal, la influencia norteamericana va más allá de su imperialismo económico y militar: ese gran país, con sus luces y sus sombras, es parte de nuestro imaginario cultural y de nuestra identidad europea de la misma manera que lo europeo es un elemento imprescindible de la cultura y de la identidad norteamericanas.

Un país puente entre el pasado y el futuro

Estados Unidos es un país que sólo se puede entender como si fuera un puente de acero que se expande constantemente hacia el pasado y hacia el futuro, hacia la exploración de lo atávico, lo ancestral, y lo nuevo y progresista. La tensión entre estos elementos complementarios (como si fueran los cables de acero que sostienen un puente), esta dualidad paradójica, es su esencia y su primordial motor.

Pero el pasado norteamericano es un pasado reciente, así lo atestigua su arquitectura más antigua, un pasado que, como dijera Octavio Paz, siempre ha estado condicionado por mirar más hacia el futuro que hacia sus raíces históricas. Por lo menos esto era así hasta que en la década de 1970 las minorías y las feministas empezaron a reescribir la historia de Estados Unidos desde una perspectiva más justa.

La juventud de su pasado ha sido, hasta ahora, la energía vital que ha engrasado los motores de lo que fue la imparable máquina del progreso norteamericano; Estados Unidos es un país que constituye la despensa humanitaria e intelectual del mundo, pero también el peli-

groso polvorín siempre dispuesto a explotar en cualquier lugar del planeta donde sus intereses se vean amenazados.

Con todo, aunque en el campo de la economía es obvio que en Estados Unidos nunca se ha dudado de que la mirada debía estar puesta en su instinto renovador, en el ámbito cultural se podría decir que si bien sus aportaciones a la renovación de la cultura occidental han sido fundamentales, y todas las culturas del planeta la han imitado (y la han criticado), igualmente se puede detectar a través de dos siglos cómo una parcela de esa misma cultura ha elogiado, pero a la vez ha puesto en duda, sus propios valores culturales y sociales, y, del mismo modo, su identidad individual y colectiva.

La mujer emergente y la capacidad autocrítica de Estados Unidos

Sólo en el contexto del posfeminismo actual se puede comprender la supuesta actitud ambivalente, ambigua, de Hillary Rodham Clinton. Por posfeminismo se entiende, según Alain Touraine, que algunas mujeres, y entre ellas Hillary, consideran *la victoria del feminismo un hecho evidente* y tienen *la mirada puesta en el presente, no vuelta hacia el pasado*. De algún modo, la actitud posfeminista en Estados Unidos forma parte de una elogiable tendencia de los intelectuales estadounidenses a la autocrítica.

Así, si hay un rasgo característico de la sociedad norteamericana, que se destaca entre otros, éste sería el de su capacidad de autocrítica y de reconstrucción. La dualidad elogio y crítica de lo norteamericano se da en las obras de R. W. Emerson y Henry David Thoreau, pasando por T. S. Eliot, Ezra Pound, Ernest Hemingway, hasta llegar a Truman Capote, Tom Wolfe, Susan Sontag, Noam Chomsky, Woody Allen, Michael Moore y un interminable número de creadores e intelectuales, que han hecho críticas despiadadas de su propio país, de Estados Unidos, a la vez que han sabido ver aquellos valores positivos que definían a la sociedad norteamericana.

Ahora bien, y volviendo a la pregunta que antes he formulado, ¿por qué a pesar de ser Estados Unidos un país que tanto ha ayudado a los cambios culturales y sociales en el mundo entero no es hasta ahora, en la primera década del siglo XXI, cuando allí se contempla la posibilidad de que una mujer sea su presidente?

La respuesta a esta aparente paradoja es que Estados Unidos ha

sido siempre un país, y lo es ahora, en el que los valores religiosos en general, y los bíblicos en particular (por lo tanto puritanos), siguen teniendo tanta importancia como los valores culturales que facilitan y promueven los cambios sociales y económicos progresistas.

La propia Hillary Clinton, como se puede ver en este libro de Núria Ribó, ha tenido que amoldarse al modelo de una mujer que si bien puede representar todo lo conquistado por el feminismo norteamericano, no deja de respetar, y representar, los valores culturales y religiosos tradicionales del patriarcado que ha gobernado Estados Unidos hasta la fecha, es decir, Hillary es una mezcla de Estatua de la Libertad y de Bernarda Alba. Quizá con ella como presidente se consolide finalmente la idea de que vivimos en *la sociedad de las mujeres*, una sociedad en la que el hombre ocupa el mismo lugar que la mujer sin que uno predomine sobre la otra, como había sido el caso durante toda la historia de *la sociedad de los hombres*.

DIONISIO CAÑAS